

**Pasado intelectual e identidad en los escritos de
Arturo Roig sobre Mendoza. La génesis de una teoría
sobre la Historia de las ideas**

Estela Fernández Nadal
INCIHUSA-CONICET, Mendoza

Pablo Romero Forcada
FCPyS, UNCuyo, Mendoza

Resumen:

Desde fines de los años cincuenta y a lo largo de toda la década de los sesenta Arturo Roig dedicó una parte considerable de sus estudios a la reconstrucción del pasado intelectual de su Mendoza natal, una “ciudad agrícola” de la Argentina profunda, diversa desde muchos puntos de vista de Buenos Aires, centro político y económico del país, capital de rica tradición intelectual y puerto siempre abierto a la recepción de las todas las novedades producidas en el continente y en el mundo.

Entre 1996 y 2009 Roig reeditó la mayoría de aquellos trabajos, lo que evidencia su interés por volver a poner en circulación esos escritos sobre Mendoza y en ofrecerlos a la discusión actual.

¿Por qué Arturo Roig otorgó ese lugar de importancia a la recuperación de trabajos correspondientes a una etapa inicial de su producción? Este interrogante es lo que nos empujó a releerlos. De allí surgieron algunos elementos que vale la pena destacar: una reflexión sobre el método para la Historia de las ideas, en la que aparece la génesis de propuestas metodológicas posteriores; una concepción dialéctica respecto de la relación entre lo local y lo universal, que revela su particular enfoque latinoamericanista; y las trazas iniciales de la función identitaria que Roig le otorga a la Historia de las ideas como campo del saber en el que un sujeto redescubre,

recupera y valora un pasado olvidado, que hace a su propia identidad.

Palabras clave: Arturo Roig, Historia de las ideas, Mendoza, método, identidad.

Desde fines de los años cincuenta y a lo largo de toda la década de los sesenta Arturo Roig dedicó una parte considerable de sus estudios a la reconstrucción del pasado intelectual de su Mendoza natal, una “ciudad agrícola” de la Argentina profunda, muy diferente de Buenos Aires, centro político y económico del país, capital de rica tradición intelectual y puerto siempre abierto a la recepción de las todas las novedades producidas en el mundo.

Durante la últimos años de su vida, cuando Roig gozaba de gran prestigio por su labor historiográfica y filosófica a nivel continental y sus aportes sobre los grandes pensadores políticos del continente habían alcanzado reconocimiento internacional, no solo no olvidó esa producción temprana sobre su ciudad natal sino que se preocupó por ponerla a disposición del público mendocino en general y, en particular, de los investigadores que venían formándose en el campo de la Historia de las ideas latinoamericanas; campo este que se había nutrido, en buena parte gracias a su magisterio, de nuevas intervenciones y miradas sobre la Historia intelectual de Argentina y de América Latina. Entre 1996 y 2009 Roig reeditó la mayoría de aquellos trabajos sobre su ciudad natal en sucesivas compilaciones, que fueron publicadas con el título “Mendoza en sus letras y sus ideas” (Roig, 1996, 2005 y 2009). Este esfuerzo de revisión y reedición es un evidente signo de su interés por volver a poner en circulación esos escritos sobre Mendoza y en ofrecerlos a la discusión actual.

¿Por qué Arturo Roig otorgó ese lugar de importancia a la recuperación de trabajos correspondientes a una etapa inicial de su producción, que a primera vista carecerían del rigor teórico y la agudeza crítica que luego serían característicos de su obra madura? Trabajos referidos, además, a Mendoza, que, todavía hoy, después de los más de treinta años que median entre su escritura y su reedición, continúa siendo una aldea del interior de un país periférico; una aldea que, en el terreno de la reflexión filosófica e historiográfica, expone trazas de un provincianismo pacato y conservador, obstinado en refugiarse dentro de algunos claustros y temeroso de entrar en contacto con cualquier pensamiento que pueda intranquilizar sus convicciones.

Este interrogante es lo que nos empujó a releer esos primeros escritos de Arturo Roig sobre Mendoza, sus letras y sus ideas. Quisimos rastrear en ellos algunas trazas significativas que el maestro procurara legar a sus continuadores. No pretendemos dar cuenta de esa importante tarea en estas breves páginas, sino tan solo realizar un modesto aporte, que ojalá pueda ser ampliado y revisado en sucesivas aproximaciones a la obra del maestro.

En estos trabajos, mayoritariamente escritos en la década de los años sesenta, Roig recurre a la utilización de algunas herramientas o conceptualizaciones historiográficas tradicionales, que posteriormente dejó de lado por considerarlas poco apropiadas para despejar la significación y el valor de la producción intelectual latinoamericana. Ejemplos que ilustran lo anterior son el recurso al concepto de “generación” y el papel explicativo atribuido a las “influencias”, ambos de uso habitual y extendido en aquellos años en el país y, particularmente, en la Facultad de Filosofía y Letras⁷⁶ de

⁷⁶ Unidad académica de la Universidad Nacional de Cuyo, en la que Arturo Roig realizó sus estudios universitarios y de la que egresó con el título de Profesor de Filosofía en 1949. En 1959 retornó a esa institución para

Mendoza. Luego Roig abandonó casi totalmente⁷⁷ tales recursos, por considerar que la agrupación de los pensadores en “tandas” generacionales no aportaba realmente gran cosa a la comprensión e interpretación de sus obras –para lo cual resultaba mucho más productivo el análisis del contexto histórico social en el que se generaron o la reconstrucción de los debates políticos o intelectuales en los que se inscribían- y que la inserción en determinadas tradiciones de pensamiento es un fenómeno de una complejidad mucho mayor a lo que transmite la idea de una “influencia” que ejerce alguien sobre otro alguien.

Sin embargo, también en estos escritos se encuentra el germen de ideas fundamentales de su pensamiento, que Roig no sólo nunca abandonó sino que se constituyeron progresivamente en núcleos fundamentales de su reflexión teórica y metodológica posterior.

Al respecto resultan significativas dos preocupaciones fundamentales, que pone de manifiesto en los escritos mencionados y que abordaremos a continuación en párrafos sucesivos. Ambas conciernen a la Historia de las ideas; sin embargo, lo más interesante es que exceden la pregunta por la disciplina como campo del conocimiento, al que se procura dotar de rigurosidad científica, para involucrar la cuestión de la

desempeñarse como profesor de filosofía antigua, cargo del que fue expulsado en 1975 por las autoridades universitarias del gobierno de Isabel Perón, y en el que, después de muchos años de exilio, debió ser restituido por orden judicial en 1984.

⁷⁷ Con posterioridad Roig dejó de utilizar el llamado “método generacional”, muy difundido en Argentina por Ortega y Gasset, y sólo utilizó la palabra “generación” para aquellos movimientos intelectuales que son reconocidos como generacionales en sentido estricto, como la “generación del 37”, en el caso del romanticismo social argentino del siglo XIX, o la “generación del 18”, en el del movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria, en el XX. La noción de “influencia” fue desterrada de sus escritos a partir de los años 80, al menos con el sentido preciso que se pretende otorgarle para explicar similitudes entre formas o estilos de pensamiento o para determinar el origen de ideas o corrientes ideológicas.

identidad, como intentaremos mostrar en el tercer apartado de este artículo.

La primera de estas preocupaciones radica en la definición del *concepto* y el *método* con el que se pueda construir una Historia que resulte significativa y valiosa “entre nosotros”, esto es, primeramente, para los mendocinos. Pero – como se irá viendo en seguida– también para los argentinos y los latinoamericanos, puesto que más que el ámbito humano al que se aplica, la definición del concepto y la determinación del método de esa forma de historiografía tiene que ver con el perfil de un sujeto, cuya pertenencia a un espacio local no está reñida con una aspiración a la universalidad.

La segunda viene a cuento de lo que se acaba de enunciar: la importancia de lo que podríamos llamar la peculiaridad local de un sujeto como aporte específico a una forma de subjetividad más amplia⁷⁸, que incluye a la primera y se enriquece gracias a ella. Esta segunda preocupación puede formularse como la *dialéctica entre la particularidad y la universalidad*. Roig encuentra la clave de interpretación de esa dialéctica en la obra de Ricardo Rojas⁷⁹; la recupera de esa fuente, para desarrollarla y ampliarla en estas páginas sobre las letras y las ideas mendocinas.

Finalmente, como anticipamos, ambas preocupaciones nos darán pie para cerrar con una reflexión sobre la relación

⁷⁸ Roig utiliza el término *subjetividad* (en lugar del más común, “subjetividad”) para aludir al carácter social o colectivo de los sujetos que están involucrados en un determinado movimiento cultural o social, y que se reconocen y afirman en determinada forma de pensamiento. Cfr. Roig, 1981: 21-23; Fernández Nadal, 2003: 55-57, y 2005: 73-92.

⁷⁹ Dice Roig: “En cuanto al intento de realizar una historia de la cultura regional, nos remitimos a los fundamentos que aparecen enunciados en la filosofía de la nacionalidad que se desprende de la obra de Ricardo Rojas y que tiene sus orígenes en Juan Bautista Alberdi” (2005: 247). Aclaración: en adelante, en las citas de Arturo Roig correspondientes a artículos suyos incluidos en este volumen de 2005 sobre Mendoza (que son la mayoría) sólo se consignará la paginación, reservándose para las escasas referencias a otras obras la indicación de autor, año y página.

entre Historia de las ideas e identidad, en el pensamiento de Arturo Roig.

1. Concepto y método de la Historia de las ideas

La noción de Historia de las ideas que se pone de manifiesto en los escritos sobre Mendoza de los años sesenta está íntimamente unida a las de humanidades y humanismo. Por las primeras entiende Roig la producción literaria de los hombres y mujeres mendocinos en sentido amplio (abarcando los distintos géneros literarios en sentido estricto, pero también los escritos históricos, filosóficos, jurídicos, pedagógicos, políticos, etcétera, como también las artes plásticas y el teatro de la provincia), “haya o no haya habido conjuntamente un recurrir a los clásicos grecolatinos”. Ese panorama de las letras mendocinas confluirá en un esbozo de los contornos del humanismo cuyano y mendocino, en la medida en que tales expresiones hayan conseguido “mostrar y valorar la dignidad del espíritu humano” (17).

El desarrollo de unas y otro -humanidades y humanismo- se ha dado en la historia y, por tanto, posee una articulación en épocas intelectuales, apreciables en la diversidad de “respuestas y actitudes” de sus creadores y expositores. La Historia de las ideas es, en consecuencia, el marco más amplio en el que se despliegan esas humanidades y de ese humanismo, que permite organizar toda esa riqueza literaria, teórica y artística, en función de una periodización, introducida desde el presente con el objeto de volverla inteligible y significativa. Igualmente importante resulta destacar, en esa trayectoria histórica, “los principales momentos o personajes, sin que esta enumeración pretenda ser exhaustiva, y conscientes, además, del valor en muchos casos tan sólo didáctico de los esquemas” (17).

De este modo, en el primer párrafo de “Las humanidades en Mendoza (1571-1939)”, texto de 1965 que

preside la antología de escritos recogida en el primer tomo de *Mendoza en sus letras y sus ideas* (17-37), nos da a conocer Roig su concepción historiográfica de las ideas: reconstrucción de la producción intelectual, en el sentido abarcador de la totalidad de las humanidades y atravesada por la vocación de develar y fomentar la “dignidad de lo humano”, condición que radica la capacidad de conocer y transformar la realidad toda que lo rodea.

En otros escritos de la misma época amplía esta definición primera de la Historia de las ideas en el sentido de remarcar el carácter riguroso de la reconstrucción que se ha propuesto realizar, pues no se trata de avanzar en cualquier dirección, sino de hacerlo provisto de un método específico y apropiado a la tarea, que garantice la obtención de resultados significativos y valiosos para la circunstancia presente. Así, en “La literatura y el periodismo en el diario *Los Andes* (1914-1940)”, también de 1965, el maestro nos dice: “La tarea previa de reconstrucción bibliográfica, indispensable para todo intento de historiar los diversos procesos culturales de una región, nos ha llevado a la búsqueda de un método de trabajo” (245).

Por este camino Roig formula una propuesta de método, entendiéndolo por tal una modalidad de trabajo organizada, que consta de tres importantes momentos.

El primero corresponde a lo que llama “erudición”, consistente en la adquisición de una vasta y precisa información sobre el pasado intelectual mendocino, a partir de la búsqueda, rescate y puesta en valor de hemerotecas, archivos y bibliotecas, tanto públicos como privados, para proceder paralelamente a la consulta sistemática y minuciosa de las fuentes documentales existentes en tales repositorios.

En “El seudónimo y el valor de su estudio en la literatura mendocina” (1963), el autor sostiene:

El aporte propio de cada región a la vasta historia literaria americana no surgirá tampoco sin una técnica de trabajo que asegure el éxito de los esfuerzos generosos. En lo que atañe a nosotros, debe reconstruirse bibliográficamente todo el interior argentino. Sus ricas y antiguas bibliotecas, por tantos años sometidas a la incuria y muchas de ellas inclusive al pillaje, habrá que salvarlas. Estamos aún a tiempo en muchos casos. Deberemos dedicarnos cuidadosamente a revisar las colecciones de publicaciones periódicas, como también los archivos privados que guardan tantas familias. Toda esta ímproba labor deberá ser concretada a través de catálogos y sistemas bibliotécnicos internacionales, desterrando para siempre al aficionado (298).

Ya en este primer momento aparece una exigencia renovadora en relación a las fuentes, que en años posteriores alcanzará una importancia central en los escritos metodológicos de Roig: la necesidad de proceder a una “ampliación” de las mismas⁸⁰. En “La literatura y el periodismo en el diario *El debate* (1890-1914)”, escrito en 1963, nos dice que, en sus contribuciones a la construcción de “una historia de la cultura en Mendoza”, se ha ocupado de considerar un amplio espectro de documentos. “Debido a ello el término ‘literatura’ no ha sido reducido a sus

⁸⁰ A partir de la incorporación de la problemática del “giro lingüístico”, Roig planteará la necesidad de producir una “ampliación metodológica” en el interior de la Historia de las ideas latinoamericanas, para lo cual propondrá considerar a las ideas como “signos lingüísticos”, producidos por un enunciador social y temporalmente situado –un “nosotros”– en función comunicativa y orientada a la recepción por parte de uno o más destinatarios. Con esta propuesta se consuma claramente el desplazamiento de la historiografía practicada por Roig desde la “idea” como unidad abstracta de una historia inmanente del pensamiento hacia el sujeto portador de la idea y hacia sus posibilidades creadoras, su identidad, su sociedad y su historia; desplazamiento que, sin embargo, los textos sobre Mendoza de los años sesenta ya habían iniciado, a partir de las consideraciones metodológicas señaladas. Cfr. Roig, 1979: 5-68, 1984:131-138, 1995: 14-17; y Fernández Nadal, 1997: 23-28, 1999: 7-16, 2001: 169-172.

límites corrientes, sino usado con una cierta amplitud” (227).

En tal sentido, declara haber considerado

por ejemplo: las tesis de nuestros abogados y médicos, realizadas principalmente en Córdoba o Buenos Aires; los trabajos sobre vitivinicultura, sismología, medicina social y otros que interesan para una geografía humana y para una historia de los aspectos materiales de la cultura, y, por último, todos aquellos datos sobre los cuales se podrá alcanzar un panorama completo de las artes plásticas en nuestro medio (227).

Sobre todos estos materiales, Roig declara haber dedicado tiempo para revisarlos y haber confeccionado de todos ellos “fichas”, cuya exposición deja para “otra ocasión” por entender que “conviene que vayan en catálogos diferentes” (227).

Esta “ampliación de las fuentes” encuentra en las publicaciones periódicas un material de trabajo fundamental. La razón de ello la hace explícita Roig en el mismo texto:

Si tenemos en cuenta que algunas zonas de nuestro país no poseen una tradición bibliográfica y que sus autores son pronto olvidados, sus libros perdidos o simplemente ignorados, la importancia de la existencia de colecciones de literatura periódica para la reconstrucción del pasado cultural resulta evidente (227).

A esta razón de carácter histórico o cultural, que es atribuible a las condiciones de Mendoza como centro urbano subordinado a la gran capital argentina y a las características idiosincráticas que esa situación genera en la valoración de sí y de la propia cultura de sus habitantes, se suma otra que hace a la naturaleza misma de la publicación periódica, que le otorga un valor especial para la Historia de las ideas:

El periódico no sólo nos entrega generosamente guardada la producción menor de nuestros escritores, sino también la noticia bibliográfica, a veces inesperada y sorprendente, de libros, folletos, revistas, de todos olvidados. Además, esos materiales aparecen en las

páginas diarias con un contorno vital que nunca tiene el libro por sí mismo. La cruda realidad social se mezcla con la producción literaria y nos permite valorarla en su momento histórico (227-228).

A diferencia del libro, que posee una unidad interna construida deliberadamente por el autor en torno a una problemática específica, que resulta separada del acontecer cotidiano para ser objeto de tratamiento científico, la “producción menor” de nuestros escritores de antaño está guardada en las publicaciones periódicas, a la espera de sus futuros lectores, junto con un mundo significativo de información colateral, tanto sobre un conjunto textual más amplio (libros, folletos, revistas) con los que el artículo o la página literaria entra en diálogo, como también sobre la vida cultural y social que constituye el contexto de su producción. Cotexto literario y contexto socio-histórico aparecen así como dos instancias valiosas para la reconstrucción de la riqueza significativa de las fuentes analizadas, solo factible de ser interpretada a partir de la información recogida en este primer momento metodológico de la “erudición”.

Pero la “erudición”, si bien es un momento necesario del método, no es suficiente en sí misma. Así nos lo hace saber un escrito de dos años más tarde (1965), “La literatura y el periodismo en el diario *Los Andes* (1914-1940), donde nos advierte que “lo significativo no surge de lo erudito mismo” (246). Del acopio de datos no surge una historia, en el sentido que le interesa a Roig.

El momento siguiente es la reelaboración de la información obtenida “sobre la base de técnicas historiográficas”, que involucran necesariamente “la introducción de un espíritu de valoración que la ponga al servicio de la historia” (246). Con esta indicación, Roig hace ingresar en la labor historiográfica a la subjetividad del historiador, que, a más de demostrar un vasto conocimiento de

las fuentes del pasado, debe forjar una interpretación, lo que supone una intervención axiológica que permite destacar, sobre el fondo de los datos obtenidos, la significación de los hechos del pasado, tanto en el cotexto y el contexto de su producción original como en el presente desde el cual se interroga y se piensa lo acaecido. En esta tarea tiene un papel importante la periodización del pasado o, si se trata de una Historia de las ideas, de las ideas del pasado, así como la determinación de las categorías axiales que organizan los documentos y permiten reconstruir el universo social y discursivo de la época y el horizonte utópico que moviliza las ideas y las acciones. En esta etapa, Roig todavía no desarrolla todas las posibilidades heurísticas que están contenidas en su escueta apreciación; lo hará en los años siguientes, cuando afronte como tarea la reconstrucción de importantes secuencias ideológicas y políticas del pensamiento latinoamericano. Sin embargo, en los años sesenta ya se encuentra el germen de sus relevantes descubrimientos metodológicos posteriores.

Veamos dos ejemplos de lo afirmado. En primer lugar, Roig introduce conceptos histórico-culturales que le permiten comprender e interpretar el pasado. Un caso interesante es el del concepto de “ruptura cultural”, a partir del cual Roig lee los silencios o ausencias de sentido-“lagunas en materia de documentación literaria”, las llama- que encuentra en la historia intelectual de Mendoza en, al menos, tres ocasiones, todas marcadas por profundas crisis sociales: la que tuvo lugar entre los años 1830 y 1840, en medio de la turbulencia política e institucional característica de la década; la que siguió al terrible terremoto de 1861; y la que se produjo en la última década del siglo XIX y la primera del XX, como consecuencia del fortísimo impacto inmigratorio, que transformó en breve tiempo la composición de la población mendocina, sus tradiciones y su relación con el pasado (229-230).

En segundo lugar, Roig no tiene reparos en criticar a sus predecesores, cuando entiende que no han alcanzado una correcta apreciación del pasado estudiado, y en proponer una interpretación distinta de la canónica. Tal es lo que sucede, según nos explica el autor, con la imagen del siglo XIX como “un siglo positivista”, imagen construida a partir de 1930 por intelectuales inscriptos en la reacción antipositivista (131). Esta orientación general de sus valoraciones hacia el pasado inmediato no les permitió discernir los alcances históricos reales del positivismo como tampoco interpretar correctamente la producción decimonónica argentina, y en particular mendocina. En un texto de 1961, “La Mendoza de 1870 y el espiritualismo de carácter ecléctico”, Roig revela que la clave que le permitió develar ese error la encontró en una apreciación de Julio Leónidas Aguirre, quien, siendo el introductor en el país de las ideas de Comte, reconoce empero, en 1904, que el XIX era “el siglo de Víctor Hugo” (131). Una afirmación tan taxativa, agrega

fue posible debido a que, en efecto, a partir de 1837 y hasta la década de 1880-1890, reinó en nuestro país un clima espiritualista de corte romántico. Nuestros escritores de ese largo período se ubicaron dentro de las diversas tendencias francesas, que en forma global tienen como sustrato aquel clima (131).

La superación del equívoco surgirá de “dos vías”, que corresponden a los dos primeros momentos del método propuesto por Roig: la primera vía es la búsqueda y el descubrimiento de nueva evidencia histórica, esto es, de documentos no considerados por quienes se apresuraron a juzgar equivocadamente al siglo XIX, tarea que corresponde al momento erudito del método. La segunda vía es la necesaria “revaloración de los pensadores del siglo XIX con la proyección que nos permite nuestra perspectiva histórica”, es decir, la reinterpretación y del pasado y el reconocimiento de su valor

histórico, que se realiza desde la distancia crítica que abre un presente ya no comprometido con una “toma de partido” a favor o en contra de una determinada sensibilidad o época cultural, sino orientado por la vocación de conocer y apreciar en su justo valor los momentos que han precedido y han hecho posible el presente actual. Ambos caminos lo llevan a descubrir “un movimiento de ideas que recibió el nombre de ‘eclecticismo’” (131), sobre el cual el maestro mendocino escribiría muchas y valiosas páginas.

Finalmente, el tercer momento metodológico que señala Roig en sus escritos sobre Mendoza consiste en “ampliar el margen de los estudios y de las investigaciones, mediante la proyección de todo lo regional hacia ese marco que lo sobrepasa, pero que depende a su vez de lo regional” (246). Dicho marco es el de lo “nacional” y, más aún, de lo “latinoamericano”. Con esta recomendación metodológica queda suficientemente claro que no es la constitución una historia intelectual provincial, en sí y por sí misma –que en tal caso sería también “provinciana”–, lo que Roig tiene entre manos por entonces. Su esfuerzo apunta a ese marco más general, pero entiende que el mismo es inalcanzable sin partir de lo más cercano, lo local. Con esta consideración estamos ya incursionando en la dialéctica entre lo particular y lo universal que propone el filósofo en estos textos, tema sobre el cual queremos ahondar en el párrafo siguiente.

2. La dialéctica entre particularidad- universalidad.

Mendoza es acreedora a una atención histórica especial porque posee rasgos de peculiaridad que la diferencian del resto del país desde los inicios de la historia independiente e incluso desde la época colonial. La conciencia de esa peculiaridad quedó acuñada por Sarmiento, cuando construyó la categoría de “ciudad agrícola” para Mendoza y San Juan, claramente diferenciadas ambas del resto de la realidad social,

económica y cultural de las “ciudades pastoras” del resto de la Argentina (Sarmiento, 1985: 29-31).

En “Las *Luces* en la ciudad agrícola” (1965), Roig nos presenta a Mendoza como “una lejana aldea del interior argentino, separada de los principales centros civilizados por inmensas llanuras desérticas o elevadísimas montañas”, de cuyos habitantes decía James Bond Head en 1825, que “están limitados por los Andes y las pampas, y con tan formidables e implacables barreras a su derredor, ¿qué tienen que ver con las historias, progresos o naciones del resto del mundo?” (39). Este viajero inglés no se equivocaba en la descripción del paisaje mendocino como tampoco en su apreciación general sobre la fuerza conservadora que poseían las estructuras sociales y políticas de esa aldea ubicada al pié de Los Andes, más propias del siglo XVIII que de comienzos del XIX. Sin embargo, esa inercia social y política no era absoluta ni siquiera entonces, y Roig acomete la tarea de demostrar que en Mendoza florecieron, al igual que en resto no sólo del país sino de toda la América de origen español, las ideas ilustradas, románticas, positivistas y espiritualistas, y que siempre alcanzaron, además, coherencia y consistencia teórica. Todo ello dentro de una peculiaridad que le ha sido característica, y que no disminuye el valor de su historia intelectual, sino que más bien le imprime un sesgo particular.

Esa particularidad de la “ciudad agrícola”, rodeada de trigales y viñedos, llamó la atención de otros visitantes, que la describen como “formando parte del agro que la circunda”, pues los jardines y huertas de las casas particulares son continuación de los campos cultivados que se encuentran en derredor de su perímetro (41). Todos esos vergeles son fértiles merced al trabajo sistemático de los mendocinos y gracias al trazado de acequias, que permiten conducir el agua del río hasta tierras de por sí desérticas.

A diferencia del hombre de las pampas –cuyo símbolo es el caballo y que, según Sarmiento, no necesita ganarse los medios de vida, mediante la previsión y el trabajo requeridos por la agricultura–, el hombre de la “ciudad agrícola” encuentra su símbolo en el apero de labranza. Los cuidados y labores agrícolas hacen imposible el ocio y mantienen a los varones afincados al “recinto de la heredad”, haciendo nacer en ellos el “sentido de la propiedad”. En consecuencia, en la ciudad agrícola la población no se dispersa, sino que mantiene una cohesión elevada. La periodicidad de las cosechas vuelve previsores y sedentarios a sus habitantes, por todo lo cual resultan “más susceptibles de gobierno” que el gaucho de las llanuras infinitas. Frente al espíritu de independencia, al sentido de singularidad de éste, el agricultor mendocino desarrolla otros valores, de apego al suelo y de sistema y disciplina del trabajo. Mendoza y San Juan, únicas dos ciudades agrícolas argentinas, “habían alcanzado por su carácter una fuerte estructura interna en la que los grupos sociales aparecían claramente diferenciados en función de la división del trabajo” (44). A esas características, propias del patriarcado agrícola mendocino, se sumó el hecho de que la ciudad desarrolló tempranamente el comercio con Chile, donde vendía productos comprados en Buenos Aires: ganado, desde luego, pero también esclavos. Muchos de esos esclavos fueron absorbidos en el trabajo del campo y de las industrias (molinos y bodegas) surgidas en torno suyo. El resultado fue la existencia de un sistema de servidumbre y esclavitud, dentro del cual se mantenía sujeta a la población de los estamentos sociales inferiores, y, en definitiva, la consolidación de una estructura social rígida y jerárquica, dominada por un número reducido de propietarios, organizados en un régimen familiar, que se aseguraron desde temprano el control de la cosa pública.

Sin embargo este repliegue en una formación social deudora del pasado colonial, que se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX, no consiguió nunca que la ciudad se cerrara totalmente sobre sí misma. Ya poco después de la independencia, dentro de la misma clase propietaria y gobernante, surgen disidencias, expresadas primeramente por los jóvenes. Muchos de ellos son hijos de las principales familias, lo que no les impide a estos jóvenes afiliarse a las nuevas ideas, denominarse a sí mismos “liberales”, enfrentar el pensamiento de sus progenitores –esos “pelucones empolvados”– y promover con ardor juvenil una “lucha violenta contra estructuras económicas, sociales y religiosas sumamente fuertes y decididamente reacias a innovaciones y cambios” (46). No faltan entre sus filas figuras de gran relieve, como Juan Crisóstomo Lafinur, que reside en Mendoza en 1822, y otros muchos, cuyos esfuerzos intelectuales Roig rastrea en los periódicos de la época y saca a la luz. Y los mismos esfuerzos por pensar la propia realidad desde un horizonte de ideas que permitan transformarla en un sentido de mayor libertad y justicia, encuentra Roig en los sucesivos movimientos intelectuales que se suceden en la ciudad agrícola, en el seno de todos los cuales emergen “ideas que eran respuestas a aquella estructura social y económica propia, sentida con fuerte actitud localista a la vez que con una visión universal del hombre y de la sociedad” (40).

Como se ve, Roig encuentra en la peculiaridad de la sociedad mendocina una fuente de originalidad, expresión necesaria de su modalidad propia y local de existencia, de la que los intelectuales mendocinos no solo no se avergüenzan sino que, por el contrario, esgrimen con una “fuerte actitud localista”, esto es, sabiéndose representantes de una cultura diversa, en comparación con la propia de la gran urbe del Plata, que los enorgullece, pero que no los separa necesariamente del país ni del mundo. Por el contrario, el orgullo por la localidad

se combina de forma fecunda con una clara vocación de apertura y un deseo de universalidad.

Una consideración similar, pero con una generalidad mayor, que no sólo concierne a Mendoza sino a otros lugares del “interior americano”, aparece en su trabajo, ya referido, sobre el diario *El debate*, donde, a propósito del periodismo, afirma:

el hecho asombroso del diarismo nos muestra cómo la tarea individual realizada por hombres del interior americano ha estado abierta a la universalidad de la cultura humana. En las páginas periódicas, en efecto, la producción local aparece al lado de los grandes autores europeos o americanos de moda, mostrando ese horizonte amplio de que hablábamos (228).

Lo peculiar constituye una diferencia, una particularidad. Pero la particularidad no se resuelve en encierro y rechazo de lo exterior, no se niega a lo universal, sino que lo nutre y lo enriquece.

Esta dialéctica de localidad (o particularidad) y universalidad, como ya anticipamos, la descubre Roig en la “filosofía de la nacionalidad” de Ricardo Rojas (Rojas, 1971 y 1980), a quien considera como continuador de la tarea formulada por Alberdi en su manifiesto por una “filosofía americana”⁸¹. En su artículo sobre el diario *Los Andes*, sostiene al respecto:

Rojas postuló la necesidad de una ‘crítica regional’ y de un ‘aporte propio de las regiones’ a la obra general americana; afirmó la necesidad de enraizar la producción literaria –con el sentido amplio que en él tiene– con los ‘atributos del lugar y del tiempo’; trató de provocar el nacimiento de una ‘conciencia cultural’, que es lo mismo que una conciencia histórica, sobre la base de una tradición. Afirmó la unidad del proceso cultural

⁸¹ El manifiesto de Alberdi al que se refiere Roig es, naturalmente, su célebre “Ideas para un curso de filosofía contemporánea en el Colegio de Humanidades” (Montevideo, 1940); cfr. Alberdi (1987).

americano e intentó, en fin, la estructuración de una universalidad argentina sobre la base de un mapa de regiones culturales con valores propios y sobre los que se debía integrar la nacionalidad (247).

La conciencia cultural e histórica que Roig busca despertar entre sus conciudadanos, surge de la apreciación de la experiencia más cercana, que tiene que ser conocida, querida y apropiada desde el presente. No puede haber auténtica proyección hacia lo universal sin una comprensión del valor y el significado de la historia y cultura propias. El sentido de la universalidad de lo humano no resulta de un proceso de abstracción por el cual lo particular es despojado de todos sus atributos y subsumido en un concepto vacío, que no representa nada real y que fácilmente termina asimilándose al estereotipo de alguna cultura extraña, desconocida, insignificante para el sujeto que está implicado en el rescate y conocimiento del pasado. La verdadera universalidad se construye a partir de una síntesis de los aportes plurales de particularidades locales y regionales, y contiene toda la riqueza de la diversidad de orientaciones espirituales.

Por eso, ocuparse de lo local no significa un ensimismamiento ni el rechazo de otros horizontes más amplios, sino proyectarse hacia lo universal sobre la firmeza de un suelo conocido y apreciado. Roig critica duramente el error de despreciar lo propio o de buscarlo fuera de Mendoza o, incluso, de la Argentina, y lo adjudica a un "extranjerismo mental", actitud que se complementa con una igualmente "equivocada valoración de lo europeo" (245).

Si, como sostiene Hegel, "los mismos afanes y los mismos esfuerzos se producen en una pequeña ciudad que en el gran teatro del mundo", Roig hace un llamado a los mendocinos y mendocinas para que comprendan lo que a veces se les escapa, a saber, que "nuestros afanes y nuestros esfuerzos poseen un sentido universal" (246).

De la lectura atenta de los escritos sobre Mendoza del maestro Roig surge nítidamente que en los años sesenta ya estaba maduro su programa latinoamericanista y que su relevante labor filosófica e historiográfica ya se había iniciado. Es evidente que para él la reconstrucción de una Historia de las ideas latinoamericanas debía comenzar por el terruño y que la tarea a la que se abocaba por entonces era el primer capítulo de la extensa obra que nos ha legado. La consigna es clara: *empezar por lo propio para progresivamente*

ampliar el margen de los estudios y de las investigaciones, mediante la proyección de todo lo regional hacia ese marco que lo sobre pasa, pero que depende a su vez de lo regional. En última instancia no existe, desde un cierto punto de vista, una historia provinciana ni una historia nacional. Estamos integrados en la humanidad y no nos podemos salir de ella. Sólo con esos criterios lo regional y lo nacional serán universales (246).

A nuestro parecer, la vocación latinoamericanista que pone de manifiesto Roig en la dialéctica entre lo local y lo universal en los escritos que hemos recorrido sucintamente tiene una característica ulterior, que conviene subrayar: es radicalmente consecuente con la crítica al eurocentrismo, que aquí aparece ya esbozada y que alcanzaría mayores desarrollos en años posteriores. El razonamiento es muy sencilló. Si se quiere contribuir a la Historia del continente es porque se considera que la misma ha sido descuidada, olvidada, porque se ha privilegiado otra historia o se ha tenido como premisa incuestionada que todo lo importante ha pasado (y sigue pasando) en los grandes centros de Occidente. Ahora bien, si así se piensa, no puede pretenderse aportar a esa Historia –la propia o latinoamericana– desde los centros que también existen en Nuestra América. Un mendocino, un tucumano, un jujeño no puede asimilar Historia nacional con Historia de la ciudad de Buenos Aires; tiene que empezar por su localidad,

con más razón si la misma es la periferia de la periferia, esto es, si pertenece al “interior del país” o a la Argentina que podríamos llamar profunda, desconocida y distante de la gran capital. El etnocentrismo también puede ser latinoamericano.

3. La función de la Historia de las ideas en relación con la cuestión de la identidad.

En los trabajos analizados, Arturo Roig hace un llamamiento: la “época actual” –nos dice– tiene una responsabilidad con el tiempo pasado; en el caso de Mendoza, la misma debe ser asumida por sus intelectuales, a quienes nos cabe el deber de impulsar, en contacto con un legado que va descubriendo sus secretos y sus sorpresas a medida que nos internamos en los pliegues del tiempo pasado, “un despertar general de la conciencia histórica” de los mendocinos (297). La importancia de ese despertar es ya evidente: sin él no habrá identidad posible, no habrá sujeto.

Mendoza ha ejercido “un largo y malhadado desprecio de lo propio que nos ha llevado al olvido y al desconocimiento del pasado aún más reciente” (247); este “desprecio permanente es lo que ha caracterizado y aún caracteriza a nuestro medio respecto de sus propias producciones” y hace que entre nosotros “se sigue viviendo en una especie de continuo presente” (245). Este problema es lo que explica la atención minuciosa –que podría parecer excesiva– que ha debido prestar a los más mínimos detalles rastreados y recuperados en su trabajo historiográfico: “La ignorancia a veces total de nuestro pasado literario obliga a tener en cuenta datos que pudieran parecer superfluos para quien realizan historias de este tipo en otras regiones con mayor conciencia cultural e histórica” (245). De allí surge la importancia del primer momento del método que en estos escritos propone Roig para la Historia de las ideas: la erudición en el manejo de toda la información que sea posible recuperar. Pero como ya

dijimos, la erudición no es suficiente, no alcanza para revertir esas actitudes intelectuales de desprecio y desconocimiento de lo propio. Esta situación debe ser revertida por una posición radicalmente diferente, opuesta incluso, a la que nos ha llevado a este olvido; una posición subjetiva, de un sujeto que valora su historia y se reconoce como valioso en ella.

Al igual que José Gaos (1943: 69-77), Roig piensa que no se puede encontrar lo que no se busca: la historia de las ideas del pasado no depende del pasado, que de hecho ya “pasó”, sino del presente desde el cual se mira hacia el pasado; no depende de lo que efectivamente haya ocurrido, que por lo demás es inasible, sino de la posición desde la que se planta el sujeto que, en ese proceso de conocimiento, se conoce a sí mismo y, en el ese proceso de valoración, se afirma como valioso. “La pobreza de nuestro pasado es, antes que nada, pobreza de visión de ese mismo pasado. La historia por sí sola no nos va a realizar, somos nosotros quienes debemos realizarnos a nosotros mismos”. Y Roig nos recuerda las palabras de Nietzsche: “la historia no nos hace más revelaciones que las que nos merecemos” (246).

En esta temprana exposición de principios de lo que Roig entiende como su contribución a la Historia de las ideas, se percibe ya con toda claridad el nexo establecido entre la recuperación histórica del pasado intelectual y la construcción de un sujeto que se reconoce en ese pasado –adquiere “conciencia histórica”–, se afirma en esa identidad (re)descubierta y se valora en su condición de creador y recreador de la misma. En estas primeras incursiones en la Historia de las ideas, aparece ya nítida la referencia al sujeto, a la posición que debe adoptar el sujeto para que emerja la historia del pasado y el proyecto de futuro, esto es, a lo que, años más tarde, llamará el “a priori antropológico” como condición de posibilidad del comienzo y el re-comienzo del filosofar y del historiar.

Bibliografía citada

Alberdi, J., B., (1986), "Ideas para un curso de filosofía contemporánea en el Colegio de Humanidades", en VVAA, *Ideas en torno de Latinoamérica*, 2 v ALBERDI,, México, UNAM, I, 145-152.

FERNÁNDEZ NADAL, E. (1997), "Método y teoría: el aporte de Arturo Roig a la Filosofía y la Historia de las ideas latinoamericanas", *Páginas de filosofía*, IV (6): 23-28.

----- (1999), "A propósito de la Historia de las ideas latinoamericanas", *Utopía y praxis latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, 4 (6): 7-31.

----- (2001), "Arturo Andrés Roig (1922)", en C, Jalif de Bertranou (comp.), *Semillas en el tiempo. El latinoamericanismo filosófico contemporáneo*, Mendoza, EDIUNC, 165-187.

----- (2003), "La cuestión del sujeto en la Historia de las ideas y la Filosofía latinoamericanas y caribeñas. Los lineamientos teórico-metodológicos de Arturo Roig", *Pasos. Segunda Época*, 106: 55-57.

----- (2005), "La condición humana como problema filosófico en Arturo Roig. La conformación de la subjetividad en las fronteras de la contingencia", *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 40: 73-92.

GAOS, J. (1943), "Significación filosófica del pensamiento hispanoamericano", *Cuadernos Americanos*, 2: 63-86.

ROIG, A. A. (2005), *Mendoza en sus letras y sus ideas*, 2ª ed. (corregida y aumentada), Mendoza, Ediciones Culturales.

ROIG, A. A. (1979), "Narrativa y cotidianidad", *Cultura. Revista del Banco del Ecuador*, 12: 5-68.

----- (1981), "Acerca de la significación del 'nosotros'", en *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, F. C. E., 21-23.

----- (1984), "Propuestas metodológicas para la lectura de un texto", *Revista del Instituto de Investigaciones Sociales*, 11: 131-138.

----- (1995), "Acotaciones para una simbólica latinoamericana", *Prometeo*, I (2): 14-17.

----- (1996), *Mendoza en sus letras y sus ideas*, Mendoza, EDIUNC.

----- (2009), *Mendoza en sus letras y sus ideas. Segunda parte*, Mendoza, Ediciones Culturales.

ROJAS, R. (1971), *La restauración nacionalista*, 3ª ed., Buenos Aires, Peña Lillio.

----- (1980), *Eurindia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

SARMIENTO, D. F. (1985), *Facundo o civilización y barbarie*, 2 ed., Barcelona, Biblioteca Ayacucho.

